

José Ortega y Gasset y el Príncipe de Rohan

¿Complicidad o instrumentalización?

[Mario Martín Gijón]



Max Beckmann, *Gesellschaft Paris*. En el centro, Karl Anton Rohan.

En el centro de uno de los cuadros más célebres del pintor expresionista alemán Max Beckmann, *Gesellschaft Paris* (*Sociedad de París*, conservado en el MOMA de Nueva York), un hombre joven, vestido con un frac impecable, mira con ojos semicerrados en gesto adusto y algo displaciente. El elegante joven, que parece aburrirse rodeado de compañías tan selectas como el embajador alemán Leopold von Hoesch, el célebre diseñador de moda Paul Poiret, el banquero Albert Hahn o la mecenas Lilly von Schnitzler, es Karl Anton, príncipe de Rohan, aristócrata, ensayista y organizador cultural, personaje poco conocido, y que resulta

sin embargo paradigmático de una clase conservadora radicalizada, primero en contra del comunismo y luego de la democracia liberal, y que, aunque cultivada y católica, allanaría el camino al triunfo del nazismo.

El caso de Rohan nos interesa especialmente por su relación con José Ortega y Gasset, cuya obra admiró e intentó adaptar a sus propósitos, entablando correspondencia con el pensador madrileño e invitándole a colaborar en la *Europäische Revue*, fundada por él, donde aparecerían ensayos de Ortega incluso en el crepúsculo del nazismo, en 1944. El examen de este poco conocido

epistolario, conservado parcialmente en la Fundación Ortega y Gasset, puede ayudar a esclarecer algunos puntos de la controvertida posición del ensayista español hacia los partidarios de la «revolución conservadora» en Alemania, que desde 1933, en la mayoría de los casos, se adhirieron al nazismo triunfante.

EL PRÍNCIPE DE ROHAN Y EL EUROPEÍSMO DE DERECHAS

Karl Anton Rohan presumía de una nobleza casi milenaria. Sus ancestros fueron duques de Bretaña y, tras la incorporación de esta a la monarquía borbónica francesa, siguieron manteniendo un estatuto especial, que se reflejaba en su orgulloso lema *Roi ne puis, Duc ne daigne, Rohan suis*. Rohan afirmaba, igualmente, ser descendiente de Godofredo de Bouillón, el primer rey de Jerusalén (1930: 15). Al estallar la Revolución Francesa, en 1789, los Rohan emigraron a Austria, en cuya nobleza se integraron, poseyendo grandes extensiones de tierra en Bohemia y Baja Austria y participando en la política de la monarquía austro-húngara. Así, el abuelo de Rohan, el Príncipe Adolf Auersperg, fue presidente entre 1871 y 1879. Karl Anton nació el 9 de enero de 1898 en el castillo de Albrechtsberg, donde recibía el tratamiento de «Alteza» y tuvo una exquisita educación, siendo su primera lengua el francés de sus ancestros. Puesto que, según afirmaba, en sus venas corría sangre «alemana, eslava y húngara», además de la austriaca y francesa, Rohan se sintió desde el principio representante de una aristocracia europea. Durante la Primera Guerra Mundial, Rohan realizó el servicio militar en el Regimiento de Dragones de Brünn (actual Brno) y posteriormente combatió en Polonia, Rusia y Ucrania. Allí vivió el derrumbe del frente oriental, el final del dominio de los Habsburgo en Galitzia y el comienzo de la guerra civil entre bolcheviques y fuerzas zaristas.

La conciencia de Rohan se vería marcada ya a los veinte años por la experiencia de la pérdida de la Monarquía de los Habsburgo, y por el temor al comunismo ruso, pues, según recordaría en su vejez, «la experiencia del bolchevismo en Rusia fue un trauma que me caló hasta los tuétanos» y ello le llevó a sentir «la conciencia de una misión» (1970: 51-52).¹ Un primer fruto de esa «misión» que Rohan se sentía llamado a realizar fue la fundación de la Unión Cultural Europea (Europäische Kulturbund) en otoño de 1921. Con centro en

Viena, esta Unión pretendía difundir un nuevo concepto de Europa como patria supranacional hacia la que debían evolucionar las distintas naciones conservando sus peculiaridades. En su programa inicial rechazaba trazar fronteras por cuestión de nacionalidades o de razas, separándose así claramente de los grupos nacionalistas vieneses en los cuales Adolf Hitler había comenzado a formular su programa. El objetivo final, según declaraba Rohan en su ensayo *Europa* (1923), era que los estados sirvieran como «columnas de una gran bóveda: los Estados Unidos de Europa», algo necesario pues, según Rohan, tanto el Islam como China comenzaban a «despertar de su letargo» (1923: 35-42).

Las ideas de Rohan encontraron pronto resonancia fuera de Austria y, así, en 1922 acudía a París, invitado por el barón Robert Fabre-Luce, que intentaba poner en marcha un movimiento de Nueva Derecha en Europa. Gracias a este y otros contactos, a finales de 1924 se fundó en París la *Fédération des Unions Intellectuelles*, con Rohan como secretario general, y que señalaba la pretensión, netamente elitista, de «reunir a los mejores del ámbito espiritual en cada país, fomentar el intercambio de ideas y las relaciones personales, para crear una atmósfera propicia a la comprensión entre los pueblos» (Müller 2005: 341). Esta organización, que ensancharía los horizontes de la Unión Cultural, celebró su primer congreso internacional del 3 al 5 de noviembre de 1924 en París, con dimensiones aún modestas y solo quince delegados extranjeros. Entre los asistentes, sin embargo, se encontraban Georg von Schnitzler, director de exportaciones de la todopoderosa corporación química IG-Farben, y su esposa, Lilly von Mallinckrodt-Schnitzler, mecenas de varios artistas, destacadamente Max Beckmann, y que se interesó por las propuestas del joven aristócrata austriaco.

Lo que Rohan pretendía, de acuerdo con el millonario Schnitzler, era apropiarse de la idea europeísta, hasta entonces patrimonio casi exclusivo de demócratas liberales y de izquierdas, para darle un sesgo autoritario y antiparlamentario, como se mostraría pronto en sus ataques al también austriaco conde Coudenhove Kalergi, que con su libro *Panuropa* (1923) había sentado las bases del primer movimiento de unificación europeo. Aunque Rohan calificaba su Unión Cultural como una organización «totalmente apolítica», su desprecio de la democracia y el liberalismo como ideas «moribundas» y «de los siglos XVIII y XIX», así como sus elogios del fascismo italiano, mostraron desde el principio, para quien quisiera verlos, los fines últimos hacia los que se dirigían sus esfuerzos, presentados como en pro de la comprensión entre los pueblos y, sobre todo, de la reconciliación germano-francesa.

¹ Las traducciones de obras en lengua alemana, así como de la correspondencia de Rohan (en la que alternan el francés y el alemán), son mías.



Castillo de Albrechtsberg (Austria), en la actualidad.

LA *EUROPÄISCHE REVUE* Y LOS USOS POLÍTICOS DEL ELITISMO ORTEGUIANO

En abril de 1925, aparecía en Leipzig la *Europäische Revue*, dirigida por Rohan gracias al apoyo de Lilly von Schnitzler y el fondo para iniciativas culturales de la IG-Farben, así como de potentados de la industria metalúrgica alemana como Robert Bosch, Emil Mayrisch, Otto Wolff o Richard Merton, que harían posible la supervivencia de una revista que apenas contó con 2500 suscriptores en sus mejores momentos. En su declaración de intenciones, Rohan explicaba que la revista pretendía «hacer consciente de la unidad espiritual de Europa. Hermanamiento sentimental no es su programa, sino transmitir conocimiento, reconocimiento y comprensión mutua entre los pueblos» (1925: 1), con un léxico en el que se traslucía la hostilidad hacia las proclamas de fraternidad socialistas y pacifistas. Como señalara ya Armin Mohler, gracias a su revista, Rohan logró «dar brillo social» (1994: 438)

a una determinada variante del conservadurismo radical, pero sobre todo logró atraer, por su cuidado diseño, su visión europeísta y también, por la generosa retribución de sus colaboraciones, a algunos de los más reputados escritores alemanes y austriacos (desde Thomas Mann al conde Keyserling), franceses (Paul Valéry, Romain Rolland, André Malraux) y, en menor medida, de otros países europeos. El objetivo de la revista, según recordaría Rohan en sus memorias, era «fomentar en el nivel de la alta élite la creación de una clase superior como portadora de la conciencia europea» (1954: 56).

Autodidacta y lector infatigable, hay que reconocer el mérito a Karl Anton Rohan de haber considerado desde el principio a José Ortega y Gasset como uno de los pensadores europeos a los que valía la pena conquistar para su revista, cuando aún no era tan conocido fuera de España. Rohan conoció a Ortega durante la visita que realizó a España a finales de 1923, cuando solicitó una entrevista que le fue concedida. En la misma, según se infiere de

la carta enviada por Rohan el 19 de marzo de 1924, Ortega se interesó por su folleto *Europa*, llegando a tratar de una posible traducción del mismo y su publicación «en alguna revista o periódico español». Asimismo, como Ortega planeaba asistir a las Décadas de Pontigny, organizadas en París por Paul Desjardins, Rohan le rogaba que le avisara, en caso de acudir a la capital francesa, para preparar un encuentro con el secretariado de la Unión Cultural y contribuir «al desarrollo del movimiento». Frente al entusiasmo del aristócrata, Ortega no respondió a su carta, y Rohan le escribió meses después, el 13 de julio, pues «la buena voluntad que usted mostró hacia mis planes, me llevan a molestarlo de nuevo». Se trataba de obtener la colaboración «de las personalidades que lideran la vida espiritual española» para la *Europäische Revue* y, «sobre todo, no hace falta decirlo tras nuestras profundas conversaciones, valoraría especialmente su colaboración. ¿Puedo contar con ella y poner su nombre en mi lista?». Como veremos, Ortega y Gasset colaboraría con frecuencia en esta revista, aunque en ello parece haber tenido más que ver su voluntariosa traductora al alemán, Helene Weyl, que el interés de Ortega por los proyectos del austriaco que pretendía, más o menos, convertirlo en su corresponsal y casi su secretario en España para el *Kulturbund*, como prueba que le pidiera una lista de los posibles colaboradores españoles «con direcciones e indicación de la posición espiritual de cada uno [...] en las parcelas más importantes de la vida espiritual: filosofía, política, literatura, arte».

Este propósito de embarcar a Ortega en su movimiento, algo precipitado, tenía que ver con la muy alta consideración en que lo tenía Rohan, quien a pesar de su pobre dominio del castellano, leyó o tuvo amplia noticia del libro *El tema de nuestro tiempo* (1923) antes de su traducción al alemán (*Die Aufgabe unserer Zeit*) en 1928. Así parecen indicarlo las notables coincidencias de su ensayo *La tarea de nuestra generación* (*Die Aufgabe unserer Generation*), publicado en 1926, y cuyo título es una clara alusión a la obra orteguiana, de la que tomó la convicción de un corte generacional y la crítica a una cultura desconectada de la vida. Para Rohan, las generaciones mayores «no nos comprenden; el foso que nos separa es demasiado grande, pero de todos modos ellos también advierten que queremos algo; algo especial, quizás más de lo que quiso ninguna juventud» (1926: 5). Sin embargo, Rohan remitía esta incompreensión a la experiencia del frente en la Primera Guerra Mundial, y derivaba de ella un regreso a la fe católica y a las jerarquías, incluyendo una «propensión a la dictadura» (8), dos puntos en los que se distanciaba tácitamente de Ortega, como también lo hacía en su valoración del fascismo italiano, elogiado por Rohan,

para quien Italia era el único país donde la juventud había «llegado al poder» (19). En cambio, como es sabido, el pensador madrileño siempre despreció el régimen de Mussolini. Así, en su artículo «¿Quién manda en el mundo?» (que no por casualidad sería traducido en el liberal *Die Neue Rundschau*), Ortega declararía que Italia vivía en una «extremada insinceridad» por haberse lanzado «a una postura caprichosa que diverge del perfil auténtico marcado por su destino» (2005: 297).

A pesar de que la Unión Cultural fundada por Rohan, por su pretendido apoliticismo, estaba abierta a intelectuales de todas las ideologías (con la omisión de los comunistas), desde el principio esta se vio coloreada por la simpatía del aristócrata austriaco hacia el fascismo italiano. Así, el segundo congreso internacional de esta organización se celebró en Milán, en noviembre de 1925, con una abrumadora presencia oficial italiana. El propio Rohan recibió la sugerencia de trasladar la sede de su movimiento a Roma, donde contaría con apoyo oficial, pero el apego de este a su Austria natal y al espacio «centroeuropeo» le hizo rechazar la oferta. El tercer congreso de la Unión Cultural, por ello, se celebró en octubre de 1926 en la ciudad que fue siempre el corazón del movimiento, Viena, donde las propuestas de unificación europea evocaban algo parecido a un resurgimiento del Imperio Austro-Húngaro. Al evento acudieron, además de la abundante representación italiana que se haría habitual, ponentes de la categoría de Paul Valéry, el pintor Max Beckmann, el sociólogo Alfred Weber o Hugo von Hofmannsthal, quien pronunciaría la conferencia de apertura y que en sus últimos años de vida se convertiría en figura de proa para los partidarios de una nueva derecha radical. Esta orientación del gran poeta vienés, que se concretizó en su famosa conferencia «La escritura como espacio espiritual de la nación», pronunciada el 10 de enero de 1927 en la Universidad de Múnich, estuvo muy influida por su amistad con Karl Anton Rohan, según señalara, de manera pionera, Guido Müller (2005: 370-382). La fórmula de la «revolución conservadora», que popularizó Hofmannsthal en su conferencia bávara, ya había sido nombrada por Rohan en «La tarea de nuestra generación» (1926: 19-20).

Por todo ello, no es de extrañar que en ese mismo año, en abril de 1926 se publicara en la *Europäische Revue* la traducción del capítulo «Nuevos síntomas» de *El tema de nuestro tiempo*. Este venía precedido por un ensayo del romanista Ernst Robert Curtius, decisivo en la difusión del pensador madrileño en el ámbito germanoparlante. Curtius, de ideología conservadora aunque liberal, se mostraba satisfecho por la forma en que, según su lec-

tura, Ortega y Gasset «liquida lapidariamente el democratismo de la Ilustración y del siglo XIX».

Hans Manfred Bock ha hablado, a propósito de la *Europäische Revue*, de tres tipos de discurso, sobre la «joven Europa», la «otra Europa» y la «Europa de la raza blanca» que habrían estado presentes en esta revista a lo largo de su andadura dominando alternativamente, de modo que en una primera fase, que Bock llama del «pluralismo elitista» (1999: 314), que se extendería entre 1925 y 1932, dominaría el discurso de los «jóvenes conservadores», aunque ya aparecieran representantes de un racismo radical, como Julius Jacquet, que hablaba sobre «cuestiones raciales latinoamericanas» y advertía de que, por el descontrolado mestizaje de los países sudamericanos, «la raza blanca corre el peligro de perder una importante porción de su esfera de vigencia» (176). Asimismo, la simpatía por los regímenes dictatoriales, tan evidente en el caso de Italia, se hizo patente también respecto a Primo de Rivera. Ya en 1925, el hispanista Maurice Legendre daba una imagen benevolente de un régimen que explicaba porque «las incesantes luchas políticas han hastiado y decepcionado a los españoles» (103). El propio Rohan, durante su viaje a España en 1924, se había entrevistado media hora con Primo de Rivera, durante la cual pudo «comprobar en cada palabra la energía de este hombre de la *action directe*» (1954: 113). Posteriormente recibió audiencia de Alfonso XIII, y se asombró al comprobar que este apenas conocía a Ortega y Gasset, a quien no había leído, una ignorancia que luego aducirá como coadyuvante a la caída de la dictadura y la monarquía.

El elitismo de Ortega debía de encontrar oídos receptivos en un aristócrata radicalizado como Rohan, que abogaba por «la separación más tajante entre el liderazgo y la masa», según exponía en un ensayo inédito de 1926, titulado *La problemática política de nuestra generación (Die politische Problematik unserer Generation)*, donde el austriaco presentaba como objetivo la búsqueda de un sistema «que encumbra a los guías (*Führermenschen*) y que logre oponer victoriosamente la cualidad a la aplastante avalancha de las masas», llegado lo cual se estaría «en el punto crucial de la historia de la Europa futura: el momento en el que de nuevo sea posible un arraigamiento de la autoridad en lo metafísico» (Müller 2003: 173).

En octubre de ese año de 1927 se celebró, repartido entre Heidelberg y Frankfurt, el Cuarto Congreso Europeo de la Unión Cultural, sobre el tema «El papel de la historia en la conciencia de las naciones». Tres meses antes, el 3 de julio, Rohan escribió a Ortega, con la esperanza de conseguir su participación en el mismo, aunque con modos quizás demasiado imperativos para alguien como

Ortega, extremadamente celoso de su libertad intelectual. Tras anunciarle los temas de otros conferenciantes, le preguntaba: «¿Podría usted, dentro de este contexto, asumir una conferencia bajo el título «Historia, una actitud»?». Ortega y Gasset declinó el ofrecimiento de participar en un congreso que mostró un nivel notoriamente desigual y que se vería enturbiado por las agrias discusiones entre alemanes e italianos sobre la política del régimen fascista en Tirol del Sur, demostrando la fragilidad de las declaraciones de solidaridad europea cuando entraban en juego cuestiones nacionales.

Con todo, Rohan quería mantener un perfil mundano y relativamente cosmopolita en la *Europäische Revue*, aligerando su contenido político mediante textos literarios, estudios sobre el arte de vanguardia o ensayos de tema más ligero, por ejemplo, la traducción del ensayo orteguiano «Para una caracterología» (1927) que había aparecido poco antes en la *Revista de Occidente*, con la que Rohan estableció un acuerdo de colaboración, al igual que con otras revistas europeas, como la *Nouvelle Revue Française* o la británica *Criterion*.

En octubre de 1928, de acuerdo con el deseo de Rohan de extender la Unión Cultural a otros países, se celebró su quinto congreso en Praga, con el tema «Los elementos de la civilización moderna», donde destacaron las ponencias del psicoanalista Carl Gustav Jung y el arquitecto Le Corbusier. Un año después, el sexto congreso se celebró en Barcelona, coincidiendo con la exposición internacional de 1929. No por casualidad, el comisario encargado por Alemania para la exposición era Georg von Schnitzler, el marido de la mecenas de la *Europäische Revue*, y ambos cónyuges viajaron acompañados de su amigo Rohan, que en una entrevista concedida a *El Sol* calificaba su labor como una «obra de verdadero pacifismo, que [...] es el de las ideas» (1929). Karl Anton Rohan intentó por todos los medios que Ortega y Gasset participase en este congreso, insistiendo especialmente en una untuosa carta del 13 de junio de 1929, en que «a pesar de las diferencias políticas, todo el mundo en España está de acuerdo en otorgarle el rango que Europa le reconoció hace ya algunos años», y que el congreso de Barcelona «sería una ocasión admirable para subrayar el hecho de que [...] nosotros, extranjeros, organicemos una manifestación intelectual en España y que naturalmente le solicitemos como a la mayor figura del país», lo cual, y aquí Rohan pretendía debilitar la resistencia de Ortega, «podría incluso ser útil a su acción interior». El príncipe austriaco, sin embargo, volvía a fijar estrechamente el marco de la posible intervención de Ortega en la conferencia de clausura, pues esta, habría de ser bajo el título «Perspecti-

va de una cultura del siglo xx», el cual, «le permitiría [...] decir, como gran intelectual europeo, ciertas cosas que podrían contribuir a perfilar su figura interior aún más netamente». Rohan, consciente de lo molesta que podía resultar su insistencia, se disculpaba por esta con la excusa de que «nuestras conversaciones, por desgracia demasiado cortas, me dieron el claro sentimiento de que ambos luchamos en el fondo por la misma causa, y que ello nos permite decirnos ciertas cosas con franqueza».

Ortega y Gasset, sin embargo, no se dejaría convenir para participar en un acto que aparecía íntimamente ligado a la exposición internacional, y con ello favorecía la propaganda internacional de Primo de Rivera. Finalmente, el encargado de la conferencia final, con el título impuesto por Rohan, sería Eugenio d'Ors, que fue precedida de la protesta de un grupo de estudiantes. Aparte de esta conferencia, entre las intervenciones del congreso de Barcelona, celebrado del 16 al 18 de octubre en el Paraninfo de la Universidad, resaltaron las del ministro fascista Giuseppe Bottai y las del célebre jurista conservador Carl Schmitt. Hay que hacer notar que la sección española de la Unión Cultural, bajo la dirección de un aristócrata como el marqués de Valero de Palma, nunca llegó a desplegar gran actividad. Con todo, *La Vanguardia* elogiaría en términos encomiásticos la labor del «príncipe de Rohan, ilustre creador y propagador de esta noble cruzada [...] quien, imponiéndose un verdadero sacerdocio, ha paseado por toda Europa la bandera de la Federación Internacional de Uniones Intelectuales, conquistando adeptos entusiastas» (1929: 10).

El congreso del año siguiente, celebrado en Cracovia, mostró un claro descenso en el número y nivel de los participantes, tanto por la crisis económica a raíz del *crash* de la Bolsa de Nueva York como el rechazo del memorando de Briand sobre una Unión Federal Europea.

Aquel año, como es sabido, también cayó el dictador Primo de Rivera, lo cual dejaría consternado a Rohan. En un ensayo de 1929, este había ensalzado la modernización de una España que veía marcada por «rascacielos, nuevas autopistas, hoteles, exposiciones, comercio, negocios, riqueza», de todo lo cual cabía dar gracias a un general que había liberado las energías nacionales «de una perezosa administración y de una charlatanesca y corrupta política de partidos» (1929a: 300). Rohan lamentaría «la caída de la dictadura de la prosperidad», que contradecía sus pronósticos sobre un giro de Europa hacia el autoritarismo y una decadencia de los principios democráticos. El ulterior desarrollo de la política española no pudo sino disgustarle cada vez más y, dos semanas después de la proclamación de la Segunda República, Rohan publica-

ría una nota titulada «Quo vadis, Hispania?», donde presentaba un cuadro catastrófico de España, amenazada por el anarquismo y el autonomismo catalán. Rohan, que conocía las propuestas de regeneración política de Ortega y Gasset y cómo la tosca censura del dictador le había llevado a la oposición, se lamentaba de que la monarquía hubiera desdeñado a «pensadores como José Ortega y Gasset [que] se han esforzado por fundamentar espiritualmente una nueva política española» (1931b: 391). Rohan debió sentirse, con todo, sorprendido por el apoyo inicial de Ortega a una República que se basaba en gran parte en las para él odiosas «ideas de 1789» y quiso pedirle a Ortega un artículo donde explicara a los lectores alemanes «el sentido del cambio político español» (1931b), lo cual el madrileño haría en términos tranquilizadores para el público conservador alemán, achacando el triunfo de la República a los errores personales del monarca, señalando lo pacífico del cambio y asegurando que «España es un país anormalmente no-revolucionario», lo cual podía ser «un talento: el de coincidir consigo mismo y, en un cierto instante del destino, poderse lanzar un pueblo coherente y compacto a una gran construcción histórica» (2005: 642-3). Ortega ya adelantaba su obsesión unitaria, que le llevaría a sus duros ataques al autonomismo catalán pero también a su temprano desapego hacia el régimen republicano por lo que consideraría excesivo partidismo y su insistencia en la necesidad de un gran partido nacional.

LAS POSICIONES DE ORTEGA Y ROHAN ANTE EL TERCER REICH

A partir de finales de 1931, Rohan inició un claro acercamiento a los nacionalsocialistas, deseando una alianza entre estos y el canciller Brüning como el modo adecuado de «realizar por medios legales el fascismo alemán». Durante 1932 se acentuó esta radicalización de la *Europäische Revue*, que dedicaría un monográfico laudatorio a los diez años de fascismo en Italia e incluso un número sobre «el problema judío», donde se asumían algunas tesis del racismo biológico nazi. El nuevo curso de la revista provocó ciertos roces en la redacción, causando la salida de su secretario, el periodista Max Clauss, que sería sustituido por el romanista Joachim Moras.

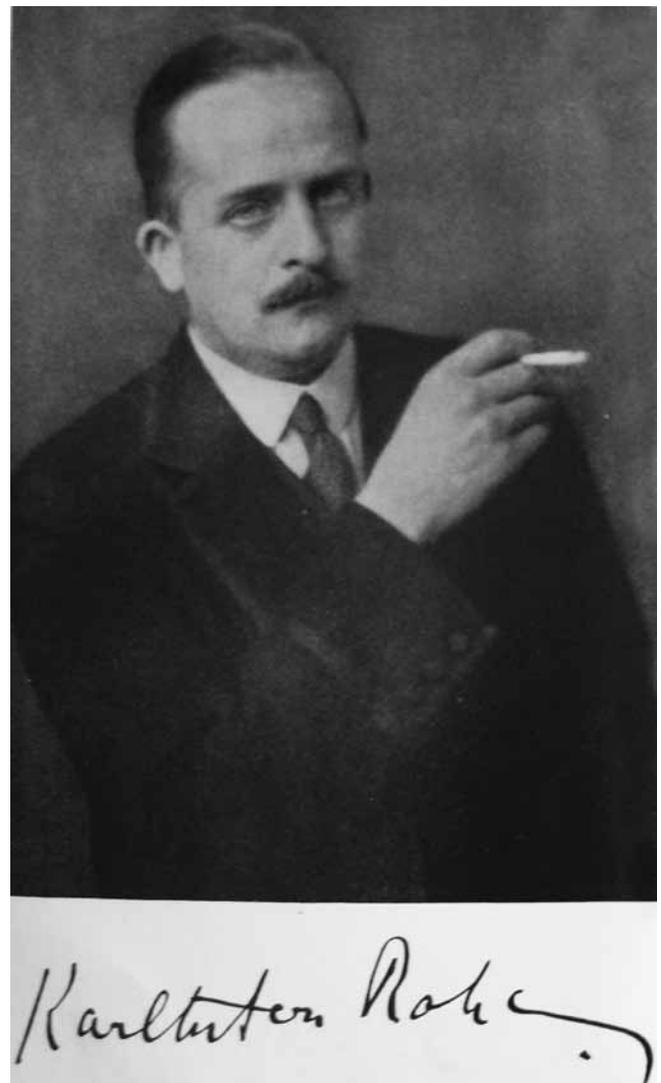
Rohan, sin embargo, seguía muy interesado en contar con la colaboración de Ortega y así el 27 de enero de 1932 le escribía solicitándole un ensayo que habría de servir como cabecera para un proyectado número sobre «la Europa espiritual» que finalmente no se llevaría a cabo. Rohan se disculpaba por solicitarle su ensayo con

menos de dos meses de antelación pues era consciente de que «está usted muy ocupado y en estos momentos tiene sobre sí una gran carga de responsabilidades», y se despedía deseándole «suerte para los combates venideros», pues, según le aseguraba, «el puñado de hombres en Europa que saben quién es usted, sigue su camino con la mayor simpatía». Habida cuenta de las trayectorias cada vez más divergentes entre un Rohan decidido a apoyar la demagogia nacionalsocialista para que llegara al poder, y la posición de Ortega dentro de la Agrupación al Servicio de la República, dentro de un liberalismo conservador que rechazaba todo discurso reaccionario, cabe dudar de la sinceridad de los propósitos del austriaco.

Meses después, se publicaría en la *Europäische Revue* la traducción del ensayo «Teoría de Andalucía», de Ortega y Gasset, que entusiasmó a no pocos lectores de la revista, pues en cierto modo confirmaba los estereotipos sobre la pereza de los europeos del sur, hasta el punto de que Viktor Bauer, director del Instituto de Investigación de la Cultura en Viena, escribía a Ortega el 14 de noviembre de 1932 proponiéndole fundar «un instituto europeo que, sin dejarse influir por la política, se dedicara a la investigación de las peculiaridades psicobiológicas de todos los pueblos europeos». Un mes después, Rohan escribía a Ortega enviándole su reseña sobre *Über die Liebe (Sobre el amor)*, libro que se había publicado antes en alemán que en español, por querer aprovechar el editor de Ortega el éxito de *La rebelión de las masas*. En esta reseña, Rohan presentaba esta obra como «una expresión de aquella «Restauración de los valores» de la que habló Hofmannsthal [...] ya que frente a la torcida instrucción intelectualista y racionalista del pasado siglo, extrae de la inmersión personal en el ser de las cosas sus realidades esenciales». A cambio del elogio de su libro, Rohan esperaba que Ortega participase en el monográfico sobre la mujer que estaba preparando, y que aparecería ya bajo la dominación nazi. El presuroso príncipe no sólo no se recataba en confesar a Ortega que ya había anunciado su colaboración para dicho número, sino que prácticamente le imponía el tema del ensayo que habría de escribir y el modo de tratarlo: «Espero que le resultará especialmente interesante la sección cuarta, que he titulado «La mujer moderna en las distintas grandes naciones», donde me he permitido anunciar vuestro nombre [...] Me imaginaría, en efecto, con gran placer la manera en la que usted trataría este tema, y estoy persuadido que no sólo haría resaltar los diferentes caracteres nacionales femeninos, sino también las diversas condiciones, tanto materiales como psicológicas, que los determinan. Me he permitido anotar algunos aspectos que me parecen esenciales y que usted podrá encontrar sobre la hoja adjunta».

Como en otras ocasiones en las que Rohan se permitiera esta suerte de orientaciones, Ortega y Gasset prefirió ignorar la petición y dar la callada por respuesta, lo cual fue un gesto más que afortunado, ya que le evitaría a Ortega aparecer, en el monográfico finalmente publicado en agosto de 1933, en la compañía de absurdos teóricos nazis como Wilhelm Schäfer, para quien «la mujer no es ninguna cosa en sí, sino que sólo llega a serlo al unirse con un hombre», o Albrecht Erich Günther, para quien la nueva generación se caracterizaba por el ensalzamiento de la «fraternidad masculina», con la cual a la mujer no le quedaban otras funciones que el cuidado del hogar y la familia.

Para entonces, Rohan ya había puesto su revista al servicio de los nuevos dueños de Alemania, como declaraba sin tapujos en el número de mayo de 1933, que adjuntaba un programa sobre «la tarea de la *Europäische Revue* en la nueva Alemania». Bajo este punto de vista, a



no pocos admiradores alemanes de Ortega y Gasset debió de sorprenderles la continuidad con la que aparecieron sus textos en la publicación del príncipe Rohan. Así, un mes después de esta declaración, en junio de 1933, se publicaba la traducción de la serie de tres artículos «Sobre los Estados Unidos», publicados el año anterior en el diario *Luz*, y donde Ortega criticaba la admiración de algunos europeos que «se colocaban con la boca abierta ante los Estados Unidos», reduciendo las virtudes de los estadounidenses a las ventajas de su juventud como nación y extendiéndose sobre el «vacío interior», «nulidad interna», «frivolidad e inconsciencia» del «hombre Standard» que para Ortega era el norteamericano (2006: 43). Estas críticas no podían sino agrandar a Rohan, que desde siempre había postulado la unificación de una Europa continental bajo el signo del autoritarismo contra Inglaterra y los Estados Unidos.

Frente a esta continuidad de Ortega y Gasset como colaborador en esta revista, cabe señalar la muy distinta reacción de Thomas Mann ante la sumisión de Rohan a los nuevos dueños de Alemania, y así, en su diario se desahogaría contra el «repugnante príncipe Rohan» que celebraba la «contrarrevolución nacional» y calificaría de «horrible» la orientación de su revista (Mann 1977: 170 y 272).

De hecho, a partir de 1934, el Ministerio de Propaganda dirigido por Goebbels asumiría la financiación de la *Europäische Revue*, que según una circular confidencial reproducida por Guido Müller (2005: 177-8) pretendía ejercer una «discreta propaganda, sobre todo en el extranjero» a favor del régimen, sirviéndose del prestigio adquirido por la revista, que debía mantener una apariencia independiente para atraer a los escritores europeos.

Sin duda, en un intelectual como Ortega y Gasset, de formación tan predominantemente alemana y que se esforzó por esclarecer siempre el significado de los síntomas presentes, resulta uno de sus errores más graves su abstención respecto a cualquier juicio sobre el nazismo, más aún tras visitar Alemania a finales de 1934. Su ensayo *Un rasgo de la vida alemana*, que se publicaría por entregas en *La Nación*, resulta un intento pueril de explicar, a partir de la psicología de los pueblos tan cara a Ortega y con su habitual desconsideración respecto a causas sociológicas y políticas, el triunfo del nacionalsocialismo. Ortega presupone una total unanimidad, afirmando que «Alemania decidió crear un Estado nacional-socialista» (2006: 330) y explicando el nazismo como la lógica culminación de un proceso de «organización de su vida colectiva» que habría conllevado «desindividualizar a los hombres que lo integran» (333). Ortega, según confesaba, lo único que había

visto era «el avance en la colectivización del hombre alemán» (345). Nada decía de la violencia y la arbitrariedad, del «doble estado» que, como definió tempranamente Ernst Fraenkel, permitía que continuara el funcionamiento normal del capitalismo para la mayoría de los alemanes, mientras que tomaba medidas directas contra los grupos que definía como enemigos, sobre todo los judíos.

Tanto el cariz de este ensayo y su negativa a enjuiciar el nuevo régimen alemán, como la continuidad con que siguieron apareciendo sus textos en la *Europäische Revue*, han llevado a Sabine Ribka (2010: 459) a deducir, de manera algo apresurada a mi juicio, una supuesta sintonía de Ortega y Gasset con los portavoces de la revolución conservadora alemana. Sin embargo, la posición de Ortega, a pesar de su complejidad, nunca abandonó el liberalismo como indispensable suelo nutricional y se negaría a sostener declaradamente el totalitarismo en cualquiera de sus formas.

Una prueba de ello sería el fracaso de Rohan en su intento de utilizar la *Revista de Occidente* como medio de propaganda del nazismo, del que tenemos noticias por dos cartas inéditas firmadas por un llamativo «R. de Jankó», supuesto secretario de la *Europäische Revue*, pero tras cuya pluma es más que probable que se ocultara el propio Rohan. En la primera de estas cartas, del 15 de agosto de 1933, el «secretario» escribía para «molestarle una vez más en relación al artículo del Príncipe de Rohan, «Revolución europea». Me permito preguntarle en nombre del Príncipe de Rohan si cree posible utilizar este artículo en uno de los próximos números de la *Revista de Occidente*. Por la carta se deduce una misiva anterior sobre este ensayo, que Ortega habría ignorado olímpicamente, ante lo cual, Jankó insiste, adjuntando «el manuscrito alemán, rogándole considere la publicación española de este artículo», esperando recibir pronto «el número de la *Revista de Occidente* en el que apareciera el artículo aquí incluido». El ensayo que acompañaba la carta no tenía desperdicio en cuanto a esfuerzo propagandístico y es sin duda el texto que atestigua un mayor fervor nazi en el Príncipe de Rohan, quien comienza líricamente: «Un viento de transformación ruge sobre Alemania, barriendo lo viejo, anquilosado, podrido, y dejando paso a lo joven y nuevo. Ya no hace falta esperar, ya está aquí [...] más sólido de lo que todos habíamos creído». Rohan trazaba un cuadro idílico de aprobación nacional ante las brutales medidas que estaba tomando el régimen hitleriano, afirmando que «el pueblo alemán es muy consciente de la responsabilidad y las dificultades de su camino, pero es feliz, porque se ha decidido y sabe que su decisión es correcta. Su alegría es la alegría de haber superado largas dudas y problemas, antinomias políticas en las que nadie se

sentía bien, y que han caído del árbol de la vida como frutos podridos». Por supuesto, Rohan no dejaba de celebrar al Führer, entre cuyos méritos mencionaba haber «realizado una verdadera terapia de almas sobre su pueblo». El príncipe austriaco veía en la dictadura realizado su sueño unitario: «La unidad en el pueblo se ha hecho realidad. En los ejércitos político-militares de este alzamiento nacional marchan el anciano y el joven, el protestante y el católico, el aristócrata y el campesino [...] todos marchan hacia el Tercer Reich, son hombres nuevos de una nueva era».

A pesar de la insistencia de Rohan, Ortega y Gasset no aprobaría, como era de esperar, la publicación de ese manifiesto hitleriano en la *Revista de Occidente*. El aristócrata no se daría por vencido y, pensando que Ortega debía corresponderle a cambio de su frecuente colaboración en la *Europäische Revue*, el 24 de abril de 1934, «R. de Jankó» volvía a escribir a Ortega, para proponerle un artículo de entre diez y veinte páginas para la *Revista de Occidente*, donde, con motivo de las deliberaciones sobre la constitución austriaca, pretendía exponer la posibilidad de un «Austro-Fascismo», tema que «podría suscitar el interés de los lectores en el extranjero, visto el interés que despiertan actualmente todas las cuestiones del problema austriaco». Tras no recibir ninguna respuesta de Ortega, Jankó volvió a escribir el 12 de septiembre de 1934, enviando «en nombre del Príncipe de Rohan» el mencionado artículo sobre el fascismo austriaco, y rogando «incluirlo, si es posible, en vuestra revista».

Este ruego que, como es natural, también quedaría sin respuesta, tenía que ver con las maquinaciones de Rohan en favor de una anexión de Austria, su país natal, al Tercer Reich. A principios de 1935, Rohan ingresaba en el clandestino partido nazi austriaco, así como en una brigada de las SA y en el Club Alemán que fomentaba el acercamiento de Austria a la Alemania nacionalsocialista. En 1937 publicó su libro *La hora del destino de Europa* (*Schicksalsstunde Europas*), su obra más extensa y que se muestra en casi todos los puntos de acuerdo con el nazismo, del que justificaba las medidas antisemitas y afirma la perfecta compatibilidad con el cristianismo. Frente a las críticas al racismo biológico nazi, Rohan no tenía reparos en afirmar que «si el concepto de raza no puede definirse científicamente, ello no hablaría contra la existencia de la

raza, sino contra las capacidades de la ciencia» (1937: 343). También en este libro, Rohan cita ampliamente a Ortega, en particular su descripción del «hombre-masa» y su indiferencia ante la cultura (232-3), aunque lo que para el español era un signo de alarma, para el austriaco era un signo de saludable simplificación que favorecería la unidad bajo el mando de un líder. Sin embargo, las advertencias de Rohan contra la guerra que ya parecía inminente, así como cierta insistencia en la personalidad propia de Austria, que para el aristócrata debía mantenerse incluso dentro de su anexión al Reich, le atraerían las iras del Ministerio de Propaganda. Rohan hubo de abandonar la dirección de la *Europäische Revue*, dejando su lugar a otro aristócrata, el barón Axel von Freytagh-Loringhoven, que dirigiría la publicación hasta su muerte, en 1942, aunque en realidad la conformación de la revista era sobre todo obra de su redactor-jefe, Joachim Moras.

Ortega continuaría colaborando en la revista a lo largo de toda la dominación nazi, por ejemplo con la traducción íntegra de *La misión del bibliotecario* (1935). A partir de la guerra civil esta colaboración se acentúa con la traducción incluso de dos fragmentos de *España invertebrada*, libro que, como es sabido, Ortega había decidido no traducir en lengua extranjera. Sin



embargo, como se puede comprobar por la correspondencia de Weyl, a partir del exilio de Ortega, esta envió numerosas traducciones a la *Europäische Revue* para hacer llegar al filósofo, que pasaba por apuros económicos, «una cierta cantidad de Reichsmarken» (Märtens 2008: 196). Así, aún en 1944, cuando no cabía duda sobre la próxima derrota de la Alemania nazi, la *Europäische Revue* publicaría un extracto de la *Meditación de la técnica* de Ortega y Gasset, tras haber publicado durante la guerra textos como «La crisis de la razón» (1942) o «El intelectual y el otro» (1943), contribuyendo de esta manera al que era por entonces órgano de una política cultural que, abdicando de sus principios iniciales, suscribía plenamente los dogmas dictados por Rosenberg y otros teóricos nazis sobre las jerarquías raciales, justificando la supresión de pueblos enteros.

En 1945, ante el avance imparable de las tropas soviéticas, Karl Anton Rohan debió abandonar apresuradamente el castillo familiar de Albrechtsberg, donde residía desde que fuera sustituido al frente de la *Europäische Revue*. El castillo fue destruido parcialmente y sometido al pillaje de los soldados, perdiéndose de este modo, entre otras valiosas posesiones, las cartas que Ortega y Gasset enviara a Karl Anton Rohan.

Este mantendría su admiración por el pensador español después de la guerra y el 20 de febrero de 1952, con motivo del viaje de Ortega y Gasset por Alemania, le llamaría por teléfono al Hotel Schottenhamel en que se alojaba en Múnich, invitándole a la cercana Salzburgo para pronunciar una conferencia, que además serviría para apoyar a «un grupo de personas valiosas, que están especialmente representadas en la prensa» y que pretendían impulsar, de nuevo con Rohan como motor, la idea de la unidad europea desde una perspectiva conservadora. Ortega y Gasset le respondería ese mismo día, disculpándose «pues en estos momentos no me es posible hablar en su ciudad. En los últimos meses estuve mucho de viaje por Alemania y Suiza y debo dedicarme a varios trabajos en mis obras, cuya conclusión ha sufrido un retraso. Sería una gran alegría para mí si tuviera ocasión de conocer su interesante ciudad, y si estuviera en primavera o verano aquí, espero visitarle».²

Este encuentro no se produciría, y Rohan, de este modo, no pudo incluir a Ortega en sus proyectos. De he-

² La carta de Ortega y Gasset está en alemán. La traducción es mía.

OBRAS CITADAS

- BOCK, HANS MANFRED (1999): «Das Junge Europa, das Andere Europa und das Europa der weißen Rasse. Diskurstypen in der *Europäischen Revue* 1925-1939». En: Grunewald, Michel y Hans Manfred Bock (eds.): *Le discours européen dans les revues allemandes (1933-1939)*, Frankfurt: Peter Lang, pp. 311-351.
- CURTIUS, ERNST ROBERT (1926): «José Ortega y Gasset». En *Europäische Revue* 2.1 (abr. 1926), pp. 22-6.
- «El VI Congreso de la Federación Internacional de Uniones Intelectuales». En *La Vanguardia*, 10 de octubre de 1929, pp. 10-11.
- JACQUET, JULIUS (1925): «Lateinamerikanische Rassenfragen». En *Europäische Revue*, I, 9 (diciembre 1925), pp. 171-176.
- LEGENDRE, MAURICE. «Die spanische Krise in ihrer augenblicklichen Gestalt». En *Europäische Revue* 1.2 (may. 1925): 101-107.
- MANN, THOMAS (1977): *Tagebücher (1933-1934)*, edición de Peter de Mendelssohn. Frankfurt: Fischer.
- MÄRTENS, GESINE. *Correspondencia. José Ortega y Gasset, Helene Weyl*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2009.
- MOHLER, ARMIN (1994): *Die Konservative Revolution in Deutschland 1918-1932*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- MÜLLER, GUIDO (2003): «Von Hugo von Hoffmannstahls Traum des Reiches zum Europa unter nationalsozialistischer Herrschaft: Die *Europäische Revue* 1925-1936/1944». En: Kraus, Hans-Kristof, ed. *Konservative Zeitschriften zwischen Kaiserreich und Diktatur. Fünf Fallstudien*. Berlín: Duncker & Humblot, pp. 155-186.
- (2005): *Europäische Gesellschaftsbeziehungen nach dem Ersten Weltkrieg. Das Deutsch-Französische Studienkommittee und der Europäische Kulturbund*. Múnich: Oldenbourg.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ (1926): «Neue Symptome in unserer Zeit», traducción de Helene Weyl, *Europäische Revue* 2.1 (abr. 1926), pp. 26-31.
- (1931): «Der Sinn der politischen Umwälzung in Spanien», en *Europäische Revue*, VII, 8 (agosto 1931): 564-8.
- «Theorie Andalusiens». En *Europäische Revue*, VIII, 9 (sep. 1932), pp. 537-46.
- (1933): «Über die Vereinigten Staaten», en *Europäische Revue*, IX, 6 (junio 1933), pp. 353-360.
- (1935): «Die Sendung des Bibliothekars». *Europäische Revue*, XI, 2 (febrero 1935), pp. 584-599.

cho, el aristócrata, que dentro de la tibia desnazificación de la república austriaca, no hubo de responder por su pasada ayuda al régimen nazi, colaboró después de la guerra en diversas iniciativas de extrema derecha, sobre todo en la revista *Die Aula*, fundada en 1951 por el nacionalsocialista austriaco Josep Papesch, y que aún hoy sigue existiendo como uno de los principales medios de la extrema derecha austriaca que lograra bajo Jörg Haider sus mayores éxitos. Asimismo, participó regularmente en las convenciones de la Unión Witiko (*Witikobund*), asociación de alemanes expulsados de los Sudetes, donde elogiaría a estos por haber tenido que «soportar sufrimientos indecibles, solo porque eran y son alemanes» y los calificará como la «masa madre del pueblo alemán» (1964: 15-16). No es de extrañar que Rohan recibiera, diez años después, el Premio de Cultura de los Alemanes de los Sudetes (*Sudetendeutscher Kulturpreis*).

Por su fervorosa ayuda a la llegada del nazismo, Rohan no se disculparía jamás. En su ensayo *Hierro caliente. Alemania. Europa. Occidente (Heiße Eisen. Deutschland. Europa. Der Westen)*, publicado en 1963, al tiempo que calificaba de «genocidio y pillaje descarado» la expulsión de la minoría alemana de Checoslovaquia, juzgaba la revisión

crítica del pasado nazi de Alemania como un «lavado de cerebro antifascista» (1963: 164) y achacaba a este la paralización del periodismo de derechas en dicho país.

En su apologetico libro de memorias *Heimat Europa (Patria Europa)* Rohan recordaba la influencia que adquiriera Ortega en los años veinte y principios de los treinta: «Cuando publicaba un libro, se hablaba de él en Bruselas y en Bucarest, en Varsovia como en Roma, pero sobre todo en Alemania y Francia. Ortega no es solo conocedor e intérprete de esta época, siempre muestra [...] posibles perspectivas y sabe avizorar a través de las brozas del futuro. Sitúa el dedo en la parte enferma del cuerpo y nombra la medicina» (1954, 234-5). La ambigua relación entre el aristócrata austriaco y el pensador español, muestra cómo Rohan instrumentalizó políticamente, adulterándolas, ciertas tesis del elitismo orteguiano, adelantándose en varios años a los escritores falangistas, pero al mismo tiempo muestra los límites con los que chocaba esta apropiación, y que tenían que ver con el insobornable liberalismo y respeto al individuo en Ortega y Gasset, imposible de conciliar con el totalitarismo y la sumisión a un líder con la que soñaban los partidarios de la «Revolución conservadora», como Karl Anton Rohan. ■ ■

— (1942): «Die Krise der Vernunft». *Europäische Revue*, XVIII, 1 (enero 1942), pp. 140-152.

— (1942): «Mensch und Technik». *Europäische Revue*, XX, 9 (septiembre-octubre 1944), pp. 264-269.

— (2005): *Obras completas. Tomo IV (1926-1931)*. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset.

— (2006): *Obras completas. Tomo V (1932-1940)*. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset.

RIBKA, SABINE. «José Ortega y Gasset und die Konservative Revolution». *Rechtstaat statt Revolution, Verrechtlichung statt Demokratie? Transdisziplinäre Analysen zum deutschen und spanischen Weg in die Moderne*. Ed. Detlef Georgia Schulze, Sabine Berghahn, Friedrich Otto Wolf. Münster: Westfälisches Dampfboot, 2010. 435-63.

ROHAN, KARL ANTON (1923): *Europa. Streiflichter*. Leipzig: Der Neue Geist-Verlag.

— (1925): «Vorwort des Herausgebers». *Europäische Revue*, I, 1 (abr. 1925), p. 1.

— (1926): *Die Aufgabe unserer Generation*. Colonia: Bachem Verlag.

— (1929a): «Westeuropa». *Europäische Revue*, V, 5 (agosto 1929), pp. 298-317.

— (1929b): «Dice el príncipe de Rohan. Ante el Congreso de las Uniones Intelectuales». *El Sol* (6 de junio de 1929), p. 8.

— (1930a). *Umbruch der Zeit. Gesammelte Aufsätze*. Eingeleitet von Rochus Freiherr von Rheinbaben. Berlín: Georg Stilke.

— (1930b) «Spaniens Diktatur der Prosperität gestürzt». *Europäische Revue*, VI, 3 (marzo 1930): 229-30.

— (1931): «Quo vadis, Hispania?», *Europäische Revue*, VII, 5 (mayo 1931), pp. 390-2.

— (1937): *Schicksalsstunde Europas*. Graz: Leykam-Verlag.

— (1954): *Heimat Europa. Erinnerungen und Erfahrungen*. Düsseldorf: Eugen Diederichs.

— (1963): *Heiße Eisen. Deutschland. Europa. Der Westen*. Nuremberg: Glock und Lutz.

— (1964): *Völk und Staat. Betrachtungen zur österreichisch-böhmischen Geschichte*. Gotinga: Musterschmidt-Verlag.

— (1970): *Skiizzenbuch aus sieben Jahrzehnten. Österreichisches im 20. Jahrhundert*. Inédito.